

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG

MISCELANEAS POLITICAS,

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND,

TRADUCIDAS

POR DON FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



CHATEAUBRIAND.

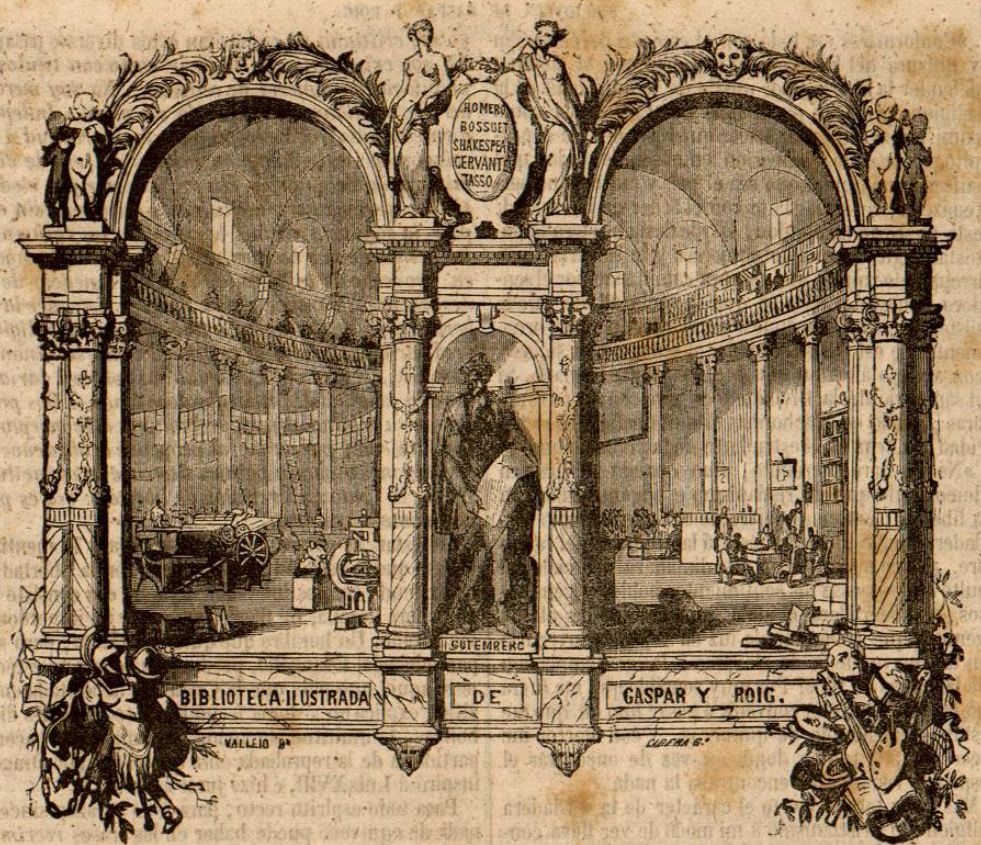
MADRID,
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,
calle del Principe núm. 4.

1854.

MISCELÁNEAS POLÍTICAS

POR T. A. DE CHATEAUBRIAND

IMPRESION EN LA TIENDA DE...



MISCELÁNEAS POLÍTICAS,

POR CHATEAUBRIAND.

PREFACIO.

(1828.)

CUANDO se habran vuelto á leer, si es que vuelven á leerse, mis obras tituladas Bonaparte y los Borbones, Compiègne y, Situacion de la Francia en 4 de octubre de 1814, Informe presentado al rey en su consejo de Gante etc., quedará probado que soy un enemigo de la legitimidad, así como por el Genio del Cristianismo se echa de ver que soy un impío, y como por mis Reflexiones políticas aparece que desde el 1814 me he mostrado enemigo de la Carta.

Mas si no soy un impío, soy por lo menos un filósofo y hé aquí la prueba. En el nuevo prólogo del Ensayo histórico he dicho, «Mis creencias son muy sinceras; mañana caminaría con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe.»

«No corrijo ni una sílaba de lo que dije en el Genio del Cristianismo; jamás se escapará de mi boca una palabra, ni de mi pluma una línea que se halle en oposicion con las opiniones religiosas que profeso desde hace 25 años.

«Esto es lo que yo soy.
«Vease ahora lo que no soy.

»No soy cristiano, para traficar como con título de privilegio en materias de religion: mi título de privilegio es mi partida de bautismo. Perteneco á la comunion general natural y pública de todos los hombres que desde la creacion han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oracion. No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas. Independiente de toda traba, exceptuando la de gratitud á mi Criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme á nadie por modelo, sin ser perseguidor, inquisidor, ni delator, sin expiar la conducta de mis hermanos, sin calumniar los hechos de mis vecinos.

»No por eso se entienda que soy un incrédulo, disfrazado de cristiano que propone la religion como un freno útil á los pueblos. No explico el Evangelio en provecho de la tirania, sino en beneficio de la desgracia.

»Sino fuese cristiano, no me molestaria por aparentarlo: toda violencia me abrumba, todo disfraz me ahoga: si intentara fingir, mi carácter me arrebataria al pronunciar la segunda frase y haria traicion á mi propósito. Por otra parte no adjudico tanta importancia á la vida para entretenerme en decorarla con mentiras.

»Conformarse en todo con el espíritu de elevación y dulzura del Evangelio; marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religión, predicar obediencia á la Carta, así como sumisión al monarca; hacer que resuenen en el pulpito palabras de compasión en obsequio de los que sufren, cualquiera que sea el país y culto á que pertenecan; reanimar la fe con el ardor de la caridad; esto es según mi opinión, lo que daría al clero la potestad legítima que debe ejercer y le salvaría de la irreparable ruina á que se lanza caminando por el sendero opuesto. Ciertamente que la sociedad no puede sostenerse sino apoyándose en el altar, pero los ornamentos de este deben cambiar al tenor de los siglos y con arreglo á los progresos del espíritu humano. Si el santuario de la Divinidad es hermoso entre sombras, aun lo es mucho más estando bañado de claridad; la cruz es el estandarte de la civilización.»

»No me haré incrédulo, sino cuando me habrán demostrado que el Cristianismo es incompatible con la libertad; entonces dejaré de considerar como verdadera una religión opuesta á la dignidad del hombre. ¿Cómo podría creer que dimanara del cielo un culto que sofocase los sentimientos nobles y generosos, que degradara el alma, que cortara las alas al genio y que abominara la luz en vez de convertirla en un nuevo medio de elevarse á la contemplación de las obras de Dios? Por muy sensible que me fuera no podría menos de convenir á pesar mío en que me estaba alimentando de quimeras, y con horror me acercaré á la tumba donde en vez de encontrar el esperado reposo sólo encontraba la nada.»

Más no es tal por cierto el carácter de la verdadera religión: el Cristianismo á mi modo de ver lleva consigo dos pruebas evidentes de su celestial origen: por medio de su moral, propende á librarnos de las pasiones, y por medio de su política, destruye la esclavitud. Luego el Cristianismo es una religión de libertad; esa religión es la mía.

Podría creerse que en aquellas páginas en que manifesté que mañana caminaría con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe y que no corría ni una sílaba de lo que había dicho en el Genio del Cristianismo; podría creerse que personas caritativas hayan encontrado en ellas motivos para acusarme de filosofismo?—¿Cómo así? ¡Ah! ¿pues no habeis echado de ver esta abominable manifestación del error? *Perteneczo á la comunión general, natural y pública de todos los hombres que desde la creación del mundo han estado acordes en todo el ámbito de la tierra en elevar á Dios su oración.*

En buena lógica, no puedo yo pertenecer á la gran comunión de los hombres que han elevado á Dios sus oraciones desde los patriarcas hasta los gentiles de los tiempos modernos que no conocían aun el Evangelio; no puedo, vuelvo á decir, pertenecer á esa comunión, sin cesar de conocer y rogar á Dios á la manera de los cristianos? Pero pasemos adelante.

Aun soy mucho más culpable; pues añado la herejía al filosofismo, como lo acreditan estas palabras: *soy cristiano.* Esto es puro protestantismo; pues debía haber dicho: *soy católico-apostólico-romano.* Bien está: soy hereje porque me he servido de aquella célebre expresión que repetían los mártires al marchar al suplicio: *¡soy cristiano!*

Más si en el mismo párrafo manifesté: que *caminaría con paso seguro al cadalso en obsequio de mi fe, que no corría ni una sola sílaba de lo que había dicho en el Genio del Cristianismo*, queda aun alguna duda acerca de mis opiniones? La obra de la cual no quiero corregir ni una sílaba no es por ventura la apología más completa de la religión católico-apostólico-romana? ¡Ah! piadosos comentadores míos, no son esas las frases que os han herido. Muy ortodoxo me encontraríais si antes y después de las palabras,

yo soy cristiano no se leyera estos diversos pasajes: *No soy cristiano para traficar como con títulos de privilegio, en materia de religión... No soy mercader de opiniones, ni especulo con ellas... Independiente de toda traba exceptuando la de gratitud á mi criador, soy cristiano, sin perder por eso de vista mis propias debilidades, sin proponerme por modelo sin ser perseguidor, inquisidor ni delator, sin exponer la conducta de mis hermanos... sin calumniar los hechos de mis vecinos... No explico el Evangelio en provecho de la tiranía, sino en beneficio de la desgracia... Marchar con el tiempo; defender la libertad por medio de la autoridad de la religión; predicar obediencia á la Carta así como sumisión al monarca... esto es lo que según mi opinión daría al clero la potestad legítima que debe tener... Dos pruebas de su celestial origen presenta en mi concepto el Cristianismo; por su moral propende á librarnos de las pasiones y por su política destruye la esclavitud. Es por lo tanto una religión de libertad: esa es precisamente mi religión.*

Detestar la persecución, la intriga y la mentira: desear que la religión se amalgame con la libertad, y se extienda con las luces del siglo, en eso consiste mi verdadera herejía, mi filosofismo real y mi imperdonable pecado. Un hombre que quiere la Carta, pero separándola del Evangelio, predica una doctrina estéril; pero aquel que pide que la Carta sea depositada en el altar, explica un sistema fecundo en seducciones diabólicas, la multitud alucinada concluiría por hacerse partidaria de la reprobada obra que el antiguo Dragón inspiró á Luis XVIII, é hizo jurar á Carlos X.

Para todo espíritu recto, para todo corazón sincero nada de equivoco puede haber en las frases *reprimidas* uniéndolas á los conceptos con que están enlazadas; más deseando dar fin á la cuestión y evitar motivos de anatema por parte de los nuevos doctores, declaro que vivire y moriré católico, apostólico y romano. Bien se ve que esta manifestación es clara y terminante ¿se darán los negociantes de religión por satisfechos con ella? Me creerán? Nada de eso: juzgarán mis intenciones por las suyas propias.

Lejos hubiera estado de sacar á relucir miserables críticas en un prefacio si no hubieran recaído sobre un punto de religión: el desprecio, la indiferencia en semejante materia sería criminal. Profeso mi creencia religiosa tan paladinamente, como mis principios políticos: siempre he creído que no puede haber libertad duradera á no cimentarse como la sociedad en masa sobre la religión; más no quiero que la hipocresía se confunda con la fe, el encarnizamiento de la calumnia con el celo de la caridad, ni el abuso de las cosas santas con las cosas santas en sí mismas.

Paso ahora á hablar del escrito que coloqué en las *Misceláneas históricas* del cual Luis XVIII tenía la complacencia de decir que le había valido tanto como un ejército.

Bonaparte es juzgado con severidad en aquel opúsculo acomodado á las exigencias de la época. En aquel período de turbulencia y de pasiones no había lugar de pesar escrupulosamente las palabras; menos se trataba de escribir que de obrar, había que ganar ó perder la batalla en el concepto del público, y si la batalla se perdía, quedaban para siempre dispersos los restos del trono legítimo. La Francia no sabía qué pensar; la Europa asombrada de su victoria, vacilaba; Bonaparte conservando su omnipotencia y escudado con cuarenta mil veteranos permanecía en Fontainebleau; proseguían las negociaciones entabladas con él: el momento era crítico: forzoso era pues ocuparse exclusivamente del hombre que inspiraba temores, y no pararse á indagar lo que en él pudiera haber de eminente; la admiración puesta imprudentemente en la balanza de la opinión pública, la hubiera inclinado en pro del opresor de nuestras libertades. La pa-

tria estaba abrumada por el despotismo, y entregada por la insensata ambición de este despotismo á la invasión extranjera: aun brotaban sangre nuestras recientes heridas: la fortaleza de Vincennes, los destierros, los fusilamientos en la llanura de Grenelle, el anonadamiento de nuestra independencia, las repeticiones de bancarrotas, la iniquidad de la política napoleónica, la ingrata persecución suscitada contra el soberano pontífice, el rapto del monarca español; los desastres de la campaña de Rusia, y por decirlo de una vez, todos los abusos de la arbitrariedad, todas las vejaciones del gobierno imperial, á nadie dejaban la serenidad suficiente para pronunciar un fallo imparcial. No se veía más que la mitad del cuadro: lo defectuoso figuraba en primer término; las perfecciones estaban sepultadas allá entre las sombras.

El tiempo ha seguido su curso; Napoleon ha desaparecido: aquel soldado ante quien los reyes doblaban la rodilla, aquel conquistador que aturdió el mundo con su estrépito, apenas ocupa envuelto en silencio eterno unos pies de terreno sobre una roca en medio del Océano. Mas cuando yo por primera vez ensayé dibujar su retrato, Napoleon apareció á la faz del mundo como usurpador del trono de San Luis, como usurpador de los derechos de la nación. Siendo yo mismo una de sus víctimas me asocié por de pronto para juzgarlo con las generaciones que padecían; pero después al recordar un cetro perdido y una espada hecha pedazos he debido usar el lenguaje de un historiador concienzudo y de un ciudadano que ve ya afianzada la independencia de su patria. La libertad me he permitido admirar la gloria; pero esta, sentada de hoy más sobre un sepulcro solitario, no volverá á levantarse, para encadenar á mi patria.

En 1814 pinté *Bonaparte y los Borbones*; en 1827 trazé el paralelo entre *Washington y Bonaparte*: mis dos bustos de Napoleon se parecen; más el primero fue modelado sobre la vida, y el otro sobre la muerte: en esta hay más verdad que en aquella.

Dejando el mismo Bonaparte de alimentar contra mí su encono llegó al fin á perdonarme y hacerme alguna justicia. Habiendo caído entre sus manos un artículo en que yo hablaba de su poder, le dije á M. de Montholon.

Si la confianza régia no hubiera en 1814 y 1815 estado depositada en hombres cuya alma estaba destemplada por las circunstancias demasiado apremiantes, ó que renegando de su patria no veían salvación ni gloria para el trono de su rey más que bajo el yugo de la Santa Alianza; si el duque de Richelieu, que no ambicionaba más que librar á su país de las bayonetas extranjeras; si Chateaubriand que acababa de prestar eminentes servicios en Gante, hubiesen estado al frente de los negocios, la Francia hubiera salido poderosa y respetada de aquellas dos grandes crisis nacionales. Chateaubriand ha recibido de la naturaleza el fuego del genio: sus escritos lo atestiguan. Su estilo no es el de Racine, es el de un Profeta. Solo él en el mundo ha podido decir impunemente en la tribuna de la cámara de los Pares que *la levita gris y el sombrero de Napoleon puestos en un palo sobre la costa de Brest harían correr la Europa á las armas.* (1).

(1) Hé aquí el pasaje á que Bonaparte se refería y del cual no se acordaba bien:

«Arrojado al medio de los mares allá donde colocó Camoens el genio de las tempestades, no puede Bonaparte moverse sobre su roca sin que un sacudimiento nos advierta del menor de sus pasos. Si este hombre se agita en un polo llega el estremecimiento hasta el otro; si la Providencia descarga otra vez su azote; si Napoleon se viera libre en los Estados-Unidos, bastaría que fijara sus miradas en el Océano para turbar la paz del mundo antiguo: solo su aparición en la playa americana del Atlántico obligaría á la Europa á establecer su campamento en la opuesta orilla. (Polémica, art. de 17 de noviembre 1818.)

Por si le es que si alguna vez llega á empuñar Chateaubriand el timón del Estado, se estravie. ¡Tantos son los que han encontrado en esa situación su ruina! mas lo cierto es que á su genio se adapta cuanto es grande y nacional y que por lo tanto habria rechazado con indignación los vergonzosos actos de la administración de aquel tiempo.» (*Memorias para la Historia de Francia en tiempo de Napoleon* por M. de Montholon, tom. iv, pág. 248.)

¿Por qué no he de confesar que esa opinión de Bonaparte ataca la orgullosa debilidad de mi corazón? No faltan pequeños hombres á quienes he hecho grandes servicios, que no han formado de mí una opinión tan favorable como el gigante de cuyo crimen (2) me atreví á desertar y á combatir el poder. De todos modos comparando el escrito de *Bonaparte y los Borbones* con el paralelo entre Bonaparte y Washington (3), y con algunas páginas de mi *Polémica* se sabrá poco más ó menos cuanto bueno ó malo puede decirse acerca de aquel á quien los pueblos llamaron *azote*. Las calamidades con que Dios nos castiga participan algo de la eternidad y magnitud de la ira divina que las ha lanzado sobre nuestras cabezas. *Ossa arida... dabo vobis spiritum, et vivetis.* (EZEQUIEL.)

SOBRE BONAPARTE Y LOS BORBONES.

30 DE MARZO 1814.

No, jamás creeré que escribo sobre la tumba de la Francia; no puedo menos de persuadirme que tras del día de la venganza no hayamos ya llegado al día de la misericordia. El antiguo patrimonio de los reyes Cristianísimos no puede ser dividido; no, no perecerá este reino que Roma moribunda dió á luz en medio de sus ruinas, como postrer esfuerzo de su grandeza. No son los hombres únicamente los que han impulsado los acontecimientos al estado en que los vemos; la mano de la Providencia ha influido en ellos visiblemente: el Dios de las batallas se ha puesto al frente de los ejércitos y ha tomado asiento en el consejo de los reyes. ¿Cómo podrían explicarse no recurriendo á la influencia divina la prodigiosa elevación, y la caída aun más prodigiosa de aquel que hace algún tiempo hollaba bajo sus plantas al mundo? Aun no hace quince meses que se hallaba en Moscú, y en la actualidad los rusos ocupan á París! Todo se estremecía bajo el imperio de su ley, desde las columnas de Hércules hasta el Cáucaso, y en el momento presente anda fugitivo, errante, sin tener un asilo: su poder avanzó como el flujo del mar, y se retiró como el reflujo. ¿Cómo explicar las faltas de aquel insensato? Advértase que aun no estamos hablando de sus crímenes.

Estalla en Francia una revolución preparada por la depravación de costumbres y por las aberraciones del espíritu. En nombre de la ley caen al suelo la religión y la moral: repútese por superflua la experiencia y el modo de vivir de nuestros padres: derribábase las tumbas de nuestros antepasados, base sagrada de todo gobierno estable, para fundar sobre una razón incierta una sociedad sin pasado y sin porvenir. Dejándonos llevar de la mano por la locura, pérdida toda noción de lo justo y de lo injusto, del bien y del mal, recurrimos errantes por todas las formas de las constituciones republicanas. Fue llamado el populacho á deliberar en medio de las calles de París, sobre las mismas grandes cuestiones que el pueblo romano iba á discutir al Foro, después de haber dejado sus armas

(2) El asesinato del duque de Enghien.

(3) Viaje á América.